

SEMINARIO CLÍNICA DE NIÑOS Y ADOLESCENTES
PROFESOR INVITADO: RICARDO RODULFO
10-9-08

Ricardo Rodulfo: - Buenos días. Yo soy Ricardo Rodulfo y vamos a trabajar algunas clases juntos. Yo voy a dedicarme fundamentalmente a cuestiones ligadas al jugar y al juego. En la bibliografía Uds. tienen varias cosas al respecto, incluso varias más. Supongo que algunas verán en prácticos y otras son para lectura de uds. Yo no voy a volver a pasar por lo que ya esté escrito. Mejor dicho, por ahí cruzo pero no voy a repetir cosas que Uds. pueden leer en su casa. Mi costumbre es trabajar siempre un tema que no está publicado, de modo que las clases que voy a dar se suman. No replican lo que ya hay, sino que se agregan. Los otros días hablaba con un flamante profesor de alguna universidad de este mundo y él me decía que estaba con mucho trabajo porque era su primer año con la materia. Tenía que preparar todas las clases y demás, pero decía que los siguientes años iban a ser muy descansados. Él lo decía sincera e ingenuamente. Pensaba después de este primer año todos los años dar lo mismo. Toda una concepción de lo que se llama enseñanza universitaria, que no es la mía.

La materia es “Clínica”, no Técnica. La Clínica es algo mucho más abarcativo que la Técnica. Si nos atenemos a la clínica psicoanalítica, dado que es de lo que podemos hablar, en el espacio de la clínica hay segmentos o pedacitos donde uno puede usar una determinada técnica o truquitos técnicos. Pero eso es como fragmentario dentro de algo mucho más vasto y artesanal como es la clínica psicoanalítica.

La pregunta fundamental de la clínica, entendida psicoanalíticamente, concierne a ¿qué le pasa a alguien con su vida? ¿Cómo vive? O ¿Cómo no vive? No se trata de clasificarlo rápidamente como neurótico o psicótico. O sea, la clínica es más amplia y no se puede apoyar solo ni ser el complemento de una psicopatología. Las primeras preguntas que tenemos que hacer no conciernen a ubicar al paciente en una patología determinada, ni del DSM IV, ni nada. Sino que son esas preguntas fundamentales por la vida y sus condiciones de realización o de fracaso, ya desde que alguien es bebé. Es la diferencia con la actitud del técnico, que no se hace preguntas. El técnico arregla cosas que funcionan mal. Yo no sé si el psicoanálisis es, como algunos piensan, la mejor

psicoterapia. Pero sí sé que tiene una especificidad en cuanto a que como psicoterapia nunca se reduce a una técnica para lograr eficaces resultados, implica preguntas más profundas. Nosotros necesitamos acercarnos al jugar y al juego. Y para eso necesitamos cierta visión de conjunto del juego y del jugar. No podemos quedarnos encerrados en lo que pasa en el consultorio. Necesitamos tener una visión un poco más abarcativa, un poco más de contexto que es lo que hoy a intentar introducir. Nuestra referencia va a ser una escena simple, en apariencia. Un niño pequeño de dos años, dos años y medio; un niño pequeño jugando, desparramando cosas que enseguida pasan a llamarse chiches, juguetes. Bueno, esa va a ser nuestra referencia y a esa escena vamos a ir y volver continuamente y de ahí a juegos más complejos. Para empezar, hace muchos años a principios del siglo pasado, del s XX, una de las figuras más importantes de la física, que cambió el mundo en más de un sentido, como fue Albert Einstein, dijo: *“Dios no juega a los dados”*. Esto implicaba una relación con sus propios descubrimientos. ¿Qué es lo que pasaba? ¿Por qué se decía esto? La Física estaba en un momento de transformación, y un momento de transformación que podía llegar a afectar a disciplinas tan distintas como puede ser la Historia o como puede ser el Psicoanálisis. La Física hasta ese momento estudiaba sistemas cerrados, mecánicos, donde las cosas se podían calcular exactamente. Tengo esta fuerza, tengo esta otra, hago una cuenta, esto me da. Era exacto. Estudiaba movimientos de tipo mecánico y Freud se apoyó mucho en estas ideas para muchas de sus concepciones. Era un sistema donde se podía aspirar a leyes precisas, exactas. Por ejemplo, cuando Freud habla de Determinismo y fe causal habla de eso. Freud es tributario de ese mundo y el psicoanálisis emerge al mismo tiempo como algo distinto, pero va a llevar tiempo darse cuenta de eso. Todo eso sufre un enorme vuelco, una gran subversión que está recién comenzando con la Física de las pequeñas partículas, con la Física que se introduce en el interior del átomo, con el descubrimiento de todo lo que es Microfísica, de todo lo que no se ve. ¿Qué pasa? ¿Qué se descubre allí? ¿Y dónde estaba la polémica? Porque Einstein decía esto en una polémica con otros físicos. Y la polémica estaba en que en ese mundo, en el mundo de las pequeñas partículas, de los cuanta de energía como unidades mínimas, no existe ese Determinismo y esas leyes. Las partículas saltan al azar, de manera que todo lo que puedo calcular son probabilidades. Como cuando digo: *“Hay 70% de probabilidades de lluvia”* y luego viene un viento y gana el otro 30%. Hay probabilidades estadísticas,

leyes estadísticas aproximativas. Lo que llamamos el inconsciente se va a beneficiar mucho con ese modelo. Pero era un golpe tremendo al ideal del Determinismo. Piensen lo que pretendía Freud: analizar un sueño y saber exactamente el sentido.

Einstein había contribuido a esto, pero él tenía una fe religiosa y respondía a eso. No aceptaba eso mismo que él había contribuido a descubrir. Decía: *“No puede ser que Dios juegue a los dados”*. Porque en la antigua física el mundo era concebido como un mecanismo de relojería. Y Newton lo precisó mejor. Él decía: *“Dios es el relojero que da cuerda al reloj del universo”*. Ahora ese reloj no funcionaba más. Y Einstein tenía razón además porque sí es cierto: Dios no juega a los dados. Dios o el Padre, según a qué nivel se lo quiera enfocar, es amigo de causas precisas, de leyes precisas, de cosas fijas. No juega. Si nos apartamos de Einstein y tomamos otro camino diríamos: *“Dios no juega a los dados, pero los dados juegan sin Dios”*. Y los dados juegan en un doble sentido porque cuando se tiran los dados no se puede calcular qué va a salir, más que probabilísticamente, y Dios tampoco podría decir ahí qué va a salir. Esa es la gran fisura que se arma ahí en la idea de un Dios que de sentido a todo. Decimos que los dados juegan y además juega el que los tira, con ellos. Ahí dos planos ahí de juego. Y en esa escena del niño pequeño jugando esto ya va a estar porque un chico de esa edad que ya está dejando de ser bebé no puede jugar a los dados, pero cuando desparrama, rompe, revuelve cosas, agarra, tira, explora, a su manera hace algo parecido. Un chiquito de esa edad quiere jugar, pero no tiene un plan fijo acerca de a qué quiere jugar, depende de lo que encuentre. Y depende de lo que encuentre es el rumbo que toma a qué juega, qué hace. Depende de azares de encuentros y no nos es posible decir ahí que cada objeto que agarra simboliza un aspecto ahí del papá, de la mamá o de lo que sea. De manera que el chiquito también juega sin Dios, se podría decir.

Pero el jugar no es solo asunto de los chicos y por eso estoy introduciendo esto. El jugar se introduce de una manera distinta en la historia humana a través de todo este movimiento de la Física. Volviendo a la frase de Einstein *“Dios no juega a los dados”*, porque jugar a los dados implica incertidumbre, ¿qué saldrá?, no se sabe y además ¿qué sentido tiene? No es que tenga un sentido, salvo para los que creen en la magia de los números. Es un acontecimiento. Tiro los dados y se producen acontecimientos que no tienen un sentido predeterminado. Es muy distinto de la idea de un plan divino o de un plan de la historia. Uno puede decir, por ejemplo, la historia tiene un plan divino de llevar todo a un Apocalipsis, a un Juicio Final

después de lo cual empezaría una vida eterna si uno es cristiano. Ese es un sentido de la historia aunque en declinación. O uno puede decir que el sentido de la historia es llegar a una sociedad sin clases, a una sociedad comunista. Eso ya está predeterminado así, es un sentido de la historia fatal, necesario mejor dicho. Eso no es religioso en un sentido, pero es religioso en otro. Como decía Lacan: *“El sentido es siempre religioso, aunque la teoría parezca atea”*. Otro sentido de la historia es el del positivismo a ultranza; la idea de un progreso ilimitado cada vez mayor y que conduzca a la felicidad completa, que hoy parece ingenua. Sentidos de la historia que implican planes fijos. En general, todos ellos han fracasado aunque siguen teniendo cultores y se siguen librando combates de retaguardia. Pero el pensamiento contemporáneo más bien se ha desplazado del sentido de la historia al juego de la historia. Es por eso que hice este cuadro en el pizarrón:



Allí puse dos nombres de pensadores que se ocuparon mucho del psicoanálisis: Derridá y Deleuze. Son pensadores que renuevan también siguiendo esta oleada de la Física y dando una nueva jerarquía a la idea de juego en la existencia y en la historia humana. Juego implica siempre algo incalculable. Digamos así: cuantas más cosas fijas hay menos se puede jugar. Si hay un plan de Dios fijo no se puede jugar. Si quiero marcar que la conducta humana está gobernada por pulsiones o instintos fijos menos espacio para el juego. Cuanto más digo que esta conducta es necesaria, no en el sentido de necesidad, hambre o sed, se tiene que dar así, es fatal que se cumpla así menos posibilidad de juego hay. Para poder hablar de juego o de jugar tiene que haber por lo menos más de una probabilidad. En realidad, siempre hay muchas más. De manera que por este costado el juego desemboca enseguida en la problemática de la libertad. Sin libertad no hay juego. Libertad no entendida en el sentido tradicional de libertad de una conciencia trascendental que puede dirigir todos sus actos como se le de la gana; sino libertad del jugar como tal que envuelve y atraviesa todo lo que hacemos. En lo concreto, si a un chico o a un adulto no le dejo libertad, cuanto menos libertad le deje menos podrá jugar en cualquier plano que se trate. Lo fijo, lo necesario, lo que solo puede ser así, la ley fija, la única probabilidad, todo eso es antagónico del jugar. El jugar siempre implica movimiento. Es otro mundo el que se abre entonces. En todo el pensamiento filosófico del s XX y en

otras disciplinas también, el jugar va a pasar a tener un valor, un prestigio, una importancia que antes no tenía. Va a dejar de ser un término de segunda, pero eso va a afectar toda la cuestión de Dios y demás. Es por esto mismo que yo prefiero apartarme del término "sujeto" muy usado en psicoanálisis y muy impulsado por el estructuralismo de Lacan. Se hizo muy genérico incluso en gente que no leyó una página de Lacan. Si lo tomo estrictamente, un sujeto si está tan "sujeto" no va a poder jugar. Pero además, el psicoanálisis tendría que estar comprometido, y de hecho lo está, con desujetar. Porque es cierto que estamos muchas veces sujetos: a mitos familiares, a la compulsión de repetición que nos puede dominar, a ciertas condiciones políticas o económicas, a mandatos familiares o superyoicos como los llama el psicoanálisis. Pero justamente el psicoanálisis tendría que trabajar para liberarnos de todo eso. Por lo tanto, no puede llevarse bien con un término como sujeto. Estoy sosteniendo mi propio punto de vista. Más bien, definiría la tarea del psicoanalista como una tarea de desujeción y yo personalmente cuando hablo de lo que otros llaman sujetos prefiero usar otros términos menos atados como subjetividad; o decir directamente el niño, el adolescente o el adulto. O tomar el término de Winnicott de "Self" que es preferible no traducir en la medida en que Self no designa una entidad sino más bien un índice de subjetividad. No se usa Self más que para designar a alguien que subjetivamente responde. No se habla de Self para una máquina o para algo inanimado. Por eso prefiero apartarme de la idea de sujeto y prefiero pensar que cuanto más se introduce el juego más desujeción hay. Y en ese sentido, una buena pregunta clínica cuando recibo a alguien en el consultorio es ¿a qué cosas lo encuentro sujeto? O ¿de qué cosas lo tendría que desujetar?

La referencia que hice al pensamiento filosófico no es porque sí además. La filosofía es como la política. Se puede no tener militancia política, pero no se puede no tener una posición política aunque esa posición no esté asumida, no esté reconocida o no esté clara. Filosóficamente es lo mismo. Alguien puede no saber nada de filosofía, pero no puede no tener una posición filosófica. Pero, como se ha observado en estos casos, cuando no se tiene conciencia del problema se tiende a caer en la filosofía o en la política peor.

Yo introduje esa cuestión porque el psicoanálisis en su momento se apoyó en concepciones filosóficas que en realidad no le venían bien, casi en lo peor de la filosofía del s XVIII y s XIX. Freud se apoyó mucho en el Positivismo que era un poco la filosofía dominante en los medios científicos, y que sigue siéndolo bajo nuevas formas. También se apoyó en cierto Iluminismo

Racionalista. Y en general, los psicoanalistas no se preocuparon mucho por renovar esas bases filosóficas. Con algunas excepciones que podemos encontrar en Lacan o en Winnicott. El resultado es seguimos con una cabeza del s XIX para muchas cosas, estando en el 2008. Y eso es algo que a mí me interesa cambiar.

A su vez, el nombre de Winnicott lo introduje allí porque él es el primer pensador en el campo psicoanalítico que se dedica específicamente a pensar qué implica jugar en la vida humana. Uno de sus ejes principales es dedicarse a perseguir que está en juego en el jugar, y no meramente como una cuestión que se agotase en el aspecto clínico.

Bueno, en el centro del cuadro yo puse allí JUEGO o JUGAR como algo que contiene, que es mayor que el JUEGO DE REGLAS. El juego de reglas que sería una parte, algo que está en el campo del jugar y del juego pero envuelto por él. En inglés se diferencia más cuidadosamente y la referencia conceptual es de Winnicott, por eso puse PLAYING y GAME. El juego de reglas siempre es un game, nunca es un playing. Quiero marcar esto porque la cuestión del juego de reglas enseguida parece reintroducir a Dios, leyes fijas. Pero no es así, y esto por más de un motivo:-1) Cuando se establece una regla, la regla es para dar espacio a algo que es incalculable. Juego a la generala, por ejemplo, pero las reglas del juego son para dar paso a lo que no va a venir exactamente determinado. Sino no habría posibilidad de jugar. Sería de lo más aburrido si ya sé lo que va a salir.

-2) Este punto concierne más al niño y es que las reglas de juego no son exteriores al juego mismo; son interiores al jugar mismo. El niño llega a ellas e inventa juegos de reglas jugando. Tomo dos ejemplos. Dos chicos van en un auto en un viaje largo y para matar el tedio se ponen a jugar en juego competitivo entre ellos en relación al último número de las patentes de los coches que ven, eligiendo uno los pares y otro los impares a ver quien gana. Esta es una regla que ellos construyen, es un juego de reglas ocasional que a lo mejor juegan una vez en su vida pero la regla la hacen jugando y van agregando y discutiendo condiciones. Otra muestra: un chico de 7 años en una sesión. En un pizarrón grande que hay en mi consultorio desplegamos entre los dos una guerra. Cada uno tiene su tiza y armamos fortalezas, misiles, camiones, aviones, etc. entonces él y luego yo vamos proponiendo ciertas reglas. Por ejemplo, él propone que no vale copiar a continuación del otro. Si yo dije: *“Me puse un campo de fuerzas y vos no podés penetrar”*, vos no podés ponerte un campo

de fuerzas también. Otra regla que introduzco yo es que no vale borrar lo del otro, porque él de pronto borra todo lo mío para dejarme sin nada. Las reglas se van discutiendo, se van desplegando así en pequeños matices a veces con enojos por parte de él. pero la creación de regla ahí no es externa al juego: primero la regla, después juego. La creación de regla es inherente a la actitud del juego porque ya para aceptar la regla tengo que tener una posición lúdica, sino no la puedo aceptar.

-3) La regla incluye la trampa, hacer trampa. La frase *“Hecha la Ley, hecha la trampa”*, que parece escrita por un autor argentino, es muy profunda en cuanto a la implicancia. No es que trampa y ley se excluyan o que estén externas una a otra. Y esto un chico lo sabe muy bien porque un chico para aprender la regla tiene que hacerle trampa, incluso para entenderla mejor. Hay una época en que uno ve a los chicos en general muy tramposos, más o menos en los primeros años de edad escolar. El que nunca hizo una trampa no conoce la regla, se podría decir, frente a un puritanismo de la ley. Además no hay regla que no tenga su trampa.

Bueno, esto es solo una introducción y después volveremos sobre estas cuestiones. Pero como introdujimos la cuestión de que donde hay necesidad fija, donde hay determinismo absoluto, donde hay una ley que regula todo como un reloj, donde hay una única posibilidad no hay juego. No hay juego de la historia si yo pienso que el sentido último de la historia es tal cumbre que la humanidad alcanzará. Claro, es mucho más angustiante si yo pienso en un juego de la historia que no sé a donde va no a donde va a parar. Lo otro es más tranquilizador, pero está en el juego esa cuestión de inquietar y generar desorden y forma parte de la libertad del juego.

Marisa Rodulfo: - Cuando vos decías esas cosas, recordaba ese pacientito de 5 años que recibí hace dos semanas que todavía no he visto que toque absolutamente nada del consultorio. Desde que llegó, y ya van tres entrevistas que tiene conmigo, la preocupación de él es saber acerca del orden del consultorio. Por ejemplo, *“¿Este vino en la caja de este? ¿Este venía con este otro?”*. Hasta ahora, lo que ha tratado de hacer es decir con qué vino cada cosa. En la última de las entrevistas, la secretaria había ordenado el consultorio con lo cual estaba todo muy prolijo y ordenado, entonces el dijo: *“¡Qué bien que está todo hoy!”*. Y yo le dije: *“Claro, cada cosa está con cada cosa”*. Ahí mi intervención fue algo del orden de esta trampa, empecé agarrar una estación de servicio, una casita y los

daba vuelta. No los tiraba, pero los daba vuelta y los desordenaba. Este niño viene porque pega, arma unos líos terribles en cuanto se hace algo diferente a lo que él dice. Es un niño muy inteligente además. Entonces yo doy vuelta todas las cosas y digo: “Y claro, y ahora entonces me toca que me pegues”. Y él dijo algo así como “Esto no estaría en la lista de porqué se pega”. Esto no lo enojaba tanto a él como para pegar. Pero el tema es que en ese orden instituido que él establece, aún siendo un niño muy inteligente, no hay espacio para jugar. Dios no juega a los dados sería ahí. Y ya lo vemos a un chico de 5 años con claras formaciones obsesivas, por ejemplo.

Ricardo Rodulfo: - Claro, digamos que donde cada cosa está en su lugar ahí no hay espacio para jugar. En sentidos tanto muy concretos como bien abstractos o metafóricos. Por ejemplo, Lacan marcaba como en la tragedia hay un mecanismo que es inevitable, que es una situación donde no hay otra alternativa. Entonces toda la temporalidad como acontecimiento no funciona allí. Se desencadena algo como una trampa y punto. Tampoco hay juego en una patología de compulsión de repetición. No de repetición, que es un término más abierto porque la repetición es repetición en diferencia, como en distintas variantes. Por ejemplo, en esos juegos de guerra con ese chico se repetía siempre algo del escenario del pizarrón en las sesiones, pero no es que siempre se dibujaba lo mismo. Es más, en un momento dado él propuso una regla interesante: no valía hacer lo de la vez anterior. La compulsión de repetición es una patología de la repetición. De la misma manera que un tumor es la patología de un órgano, o de un funcionamiento corporal. Y ahí no hay juego; es eso y es eso. Como el pacientito que acaba de nombrar Marisa, donde la compulsión de repetición de ordenar, fijar, aparece de una manera preocupante en un chico de esa edad.

El jugar está del lado del acontecimiento, para enfocarlo de otra manera. Está del lado de generar acontecimiento. Si hablo de jugar hay algo que pasa en el orden del acontecimiento, algo que no estaba previsto. Por ejemplo, aquí hubo una dictadura militar terrible, hubo varias pero la última fue la peor, y hubo después situaciones muy críticas como la crisis del 2001, la caída del gobierno de De La Rúa. En esos momentos se da lugar a acontecimientos políticos que puede ser, por ejemplo, la aparición de lo que luego se institucionalizará como “Las Madres de Plaza de Mayo” y como “Piqueteros”. Pero interesa el momento de emergencia espontánea de eso, antes de que eso ya se haya

organizado políticamente y apresado en una cierta mecánica instituida. Nada preveía eso. Eso no es sentido de la historia sino juego de la historia. No podía estar calculado por ningún dogma o ideología política.

Por esto Marisa mencionó el último libro mío y acabo de dejar unos ejemplares en Biblioteca. Vamos a tomar algunos capítulos de mi último libro que se llama "Futuro Porvenir". Específicamente, el primer capítulo que se llama "Dar por terminado" y el epílogo. Todo eso va a ayudar a algunas de las cosas que vamos a trabajar; entre otras cosas porque propone direcciones distintas para el Psicoanálisis contemporáneo.

Marisa Rodulfo: - En esta unidad temática 6 lo que hacemos es introducir estos capítulos y sacar los textos de Piera Aulagnier y de Jessica Benjamin.

Ricardo Rodulfo: - Un paso más para esta introducción nos lleva a la cuestión de la posición del analista con respecto al jugar. Allí hay mucho que decir porque la posición del analista con respecto al jugar se ha complejizado mucho y lo que estoy diciendo no concierne solamente al Psicoanálisis con Niños y Adolescentes. Esto es también válido para el adulto porque justamente una propiedad muy importante del jugar es que es indiferente a la materia con que se juegue. Se puede jugar con un pequeño juguete designado como tal, se puede jugar con una cuchara haciéndola sonar como si fuera un palillo de tambor, o se puede jugar con una palabra en la boca. El eje del jugar justamente atraviesa y relativiza mucho esa oposición bastante estéril entre lo verbal y lo no verbal. Porque a nosotros además, que no somos lingüistas sino psicoanalistas, las palabras que nos interesan y que nos conciernen son palabras que tienen que ver con palabras de juego, como la misma Asociación Libre. Es una propuesta de soltarse de cierta coherencia racional y jugar con las ideas con el mismo desorden y desparramo con que juega un deambulador con distintas cositas que puede agarrar. Así que no hay ninguna diferencia de naturaleza en ese punto. La palabra en la boca es un chiche también, bajo ciertas condiciones. No en condiciones de habla más rígida, pero hablo de la palabra en la sesión o en otras situaciones creativas o eróticas. Esto es válido. No tiene una frontera por edad, aunque tiene sí especificidades muy determinables por edad. No es lo mismo el juego exploratorio a lo que podemos ver como juego narrativo, etc.

En relación a esto la posición del analista cambió muchísimo. Al principio, en las primeras décadas cuando el juego más oficialmente en el tratamiento psicoanalítico atendiendo chicos, la preocupación del psicoanalista se reducía a: ¿qué quiere decir este juego?, ¿y esto qué sentido tiene? Se limitaba a descubrir un sentido e interpretarlo, e la misma manera que si un paciente contaba un sueño. Era la misma posición. Lo cual no se dejó de hacer; esta parte del trabajo la seguimos haciendo. Pero ahora es ya una parte de un trabajo mucho más complejo. En primer lugar, en relación al jugar, el psicoanalista no tiene que estar en la posición de Dios, de ese Dios que no juega a los dados. Lo cual quiere decir que no fija él todas las condiciones; no es él solo quien va a elegir los dados. Deja que eso se haga “entre” el paciente y él. La prioridad de uno como analista, volviendo al material que traía Marisa, no va a hacer interpretar que tal cosita que él pone en su lugar es símbolo de tal cosa y que tal otra simboliza otra cosa. Aunque eso pudiera tener alguna verdad a veces no sería demasiado eficaz. La prioridad allí es, estrictamente hablando, activar o reactivar una actividad lúdica detenida, bloqueada o reprimida. Se trata de ponerla en marcha, que el chico pueda jugar, no importa a qué ni qué sentido tiene por el momento. No es que eso no importa, sino que no es en ese momento lo prioritario. Yo tengo que poder activar los procesos de juego del chico cuando eso así lo requiere. A veces vienen chicos que ya tienen bien activados y no necesitan eso de nosotros. Aunque siempre van a necesitar que nosotros podamos acompañar sus procesos de juego y ayudarlos a desplegarse; a veces con pequeñas intervenciones, a veces con alguna pregunta, a veces uno mismo metiéndose de alguna manera en ese juego. Acompañar el proceso de juego es muy importante porque, por ejemplo, ponerse a interpretar cosas prematuramente o demasiadas interpretaciones pueden finalmente producir un proceso inhibitorio y en lugar de acompañar un proceso de juego lo detienen o lo debilitan.

Alumna: - ¿Participar en el juego quiere decir que el analista tiene que ser convidado o invitado por el niño?

Ricardo Rodulfo: - Depende. A veces sí, uno espera. Depende qué situación. Supongamos que se trata de un niño que tiene dificultades para jugar solo y en la sesión está pudiendo jugar solo. Ahí mejor que yo no me meta si no me convidan porque justamente arruinaría el efecto que se ha conseguido. Otras veces uno se introduce sin ser convidado y de una manera sumamente molesta

par el chico para romper justamente una situación de estereotipo o de compulsión de repetición. En el material que trajo Marisa, por ejemplo, ella se metía sin ser convidada a desordenar algo ahí. ¿Y cual era el objetivo ahí de patear el tablero de ese sistema tan estático? A ver si al chico se le enciende esa lucecita de “¡Al Diablo con el orden!” y se pone a jugar. Donde hay mucha compulsión de repetición y donde ésta ha metastaseado el juego como un cáncer que ha invadido todos los órganos y no los deja funcionar bien, si uno no se mete sin ser convidado no se puede operar. No pasa nada, uno se queda impotente viendo como todo es un círculo. En otras situaciones, meterse sin ser convidado puede ser una intrusión, una falta de respeto al juego que esta desarrollando el niño. Algo innecesario porque si el chico está pudiendo hacer una cosa y requiere que estemos ahí en todo caso para interpretar algo pero no para meternos ahí sin ser convidados. No es que jugar quiere decir siempre jugar con el chico. Depende de qué situación sea. Si tengo un chico que nunca puede jugar con nadie, que pueda jugar conmigo abre una posibilidad de cura. Si es un chico que no puede jugar solo, si yo jugara siempre con él me engancharía en sus problemas. Cada situación hay que verla en su singularidad. Eso es lo que quiere decir acompañar y ayudar a que algo se despliegue mejor. Hay que ver qué es necesario en cada caso.

El psicoanalista tiene que ser intransigente con todo lo que bloquea la capacidad de juego del chico; con todo lo que tiende a reprimirla, inhibirla, aplastarla, mantenerla atrofiada, pasivizarla o limitarla a circuitos compulsivos. Una actividad como la que hace el chiquito que cuenta Marisa fácilmente puede ser compulsiva; ver cómo está, volver a ver cómo está a ver si quedó bien. Ese es un punto de intransigencia. Es una función del trabajo del analista “dejarse encontrar”. Esto implica una disponibilidad hacia el chico que no es invasiva. Por eso no nos gusta, en general, pedir dibujos con cierto tema: *“Dibujame una casa” “Dibujame una familia” “Dibujate a vos”*. Somos refractarios a eso, a dar consignas determinadas. Dejarse encontrar implica una disponibilidad diferente; no es invasiva. No es introducir automáticamente mis consignas, mis pedidos, aunque no sea fijando un tema: *“¿Por qué no dibujás?”*. Ayer un adolescente me preguntaba porqué había psicólogos distintos. Yo no entendía a que se refería y me dice: *“Por que hay psicólogos con los que tenés que dibujar”* y me habló de una experiencia de él al respecto. Él odia dibujar y siempre odió dibujar, pero había ido a una terapia donde por alguna razón le pedían que dibujara. Eso es una típica norma técnica que habrá aprendido alguien desencontrada de con qué chico está. Así como hay chicos que, como una pacientita de 8

años que tengo, dibuja sesión tras sesión y no le gusta hablar. Y si yo me pusiera a tratar de que hablara a la fuerza no me dejo encontrar, no estoy disponible. Por eso hay que tener mucho cuidado con las técnicas; uno a veces uno las saca de la manda pero la cuestión es mucho más compleja. Vos querías agregar algo recién.

Marisa Rodulfo: - Si. En relación a lo que vos decías de que no siempre se trabaja la interpretación en relación al contenido sino que se usan otras formas de intervención. Y yo pensaba en este chiquito, que llamaré Jerónimo, que viene con demasiadas interpretaciones él mismo. Todo lo interpreta él acerca de él de sus cosas. Por ejemplo, el otro día yo le dije algo en relación a estas cosas y él me dijo: “¿Y acaso por qué yo estoy acá?”, como certificando que él viene porque tiene problemas. Y entonces yo le digo: “Ah, no sé. Vos dijiste que no tenías problemas” y me contesta: “Ah, porque en ese momento no me acordaba”. Él todo el tiempo fundamenta e interpreta. Entonces, hacer de cada cosa que él hace una interpretación por contenido es darle más de lo mismo. No es producir ninguna transformación. Entonces hay que ver cómo uno entra con determinado paciente, en qué clave tiene que entrar. Yo creo que en el encuentro entre el niño y uno tiene que surgir eso. Ahora, una cosa que me llama poderosamente la atención es que junto a todo esto que hace, parece que viniera de un país con otro idioma. No parece un niño que esté educado en habla española porque habla con “ll”, con “y”. Como si tuviera una dificultad importante de lenguaje, pero no llega a serlo. Digo esto como un interrogante en estas primeras entrevistas. Lo que es cierto es que tiene mucha dificultad para meterse en situaciones lúdicas y para transformar todo ese potencial de inteligencia que tiene en inteligencia creativa y no reproductiva. La pregunta es ¿a qué está sujetado este chico?, como vos decís. Este chico podría ser muy eficiente.

Alumna: - *¿Los padres no hablan con “ll”?*

Marisa: -No, tampoco se habla una lengua extranjera en la casa.

Ricardo: -Bueno, otro aspecto del trabajo del analista en esta perspectiva es “hacer espacio”. Hacer espacio para que se pueda crear un espacio de juego. Este es un aspecto muy importante porque son aspectos sin los cuales una interpretación no funciona eventualmente. Hay que romper esa idea tan clásica del analista

como interpretador que continuamente se limitaría a eso. La interpretación actualmente es un aspecto muy importante de trabajos más diversos. Tomo un material para ilustrar esto de creación de espacio. Viene una nena en esa edad muy ambigua 12 años; nena, púber, pre-púber. Hago algo que en ciertas ocasiones uno podría volver a hacer. El tema que ahí se plantea es que uno tiene consultorio de chicos y consultorio de adultos. Entonces, ¿dónde la ubico? En lugar de decidirlo yo según algún criterio teórico le pido ayuda a ella. Primero, procuro que nos quedemos solos. Recorro con ella, le muestro. Y le pregunto: “¿Dónde preferís estar?”. Ella elige el de adultos, pero dos o tres entrevistas después me dice si podemos ir al otro porque le dieron ganas de dibujar. Después de dibujar un rato tímidamente saca muñecas y comienza a jugar. Habla de que hay un grupo donde las que juegan serían las tontas, las pendejitas, las chicas. Entonces hay que jugar a escondidas. Si yo la hubiese ubicado inmediatamente en el consultorio de chicos por ahí ella se hubiera sentido rebajada. Al poder elegir se puede mover. Posteriormente va a hacer mucho eso de ir y venir de un consultorio al otro por ciertos períodos. De pronto quiere jugar un TUTI-FRUTI, tomarse un recreo en la sesión después de haber estado hablando de cosas de su sexualidad. Como tomarse un descanso para volver a la niñez un rato. Ahí la oferta de espacio para la creación de espacio es fundamental. Y un criterio técnico lo arruinaría. Pero más aún, yendo un paso más lejos. Se supone que cuando llega alguien todo el mundo espera un diagnóstico. Puede ser que lo pida la escuela, los padres, el chico mismo. Aquí es muy importante que nos saquemos de la cabeza que hacer un diagnóstico es remitirnos a ubicar al paciente en una patología. Hay un tipo de formación que propende a eso. Y eso me parece problemático. Por ejemplo, ubicar estructura: tal cosa, o en términos del DSM IV: trastornos generalizado del desarrollo o trastorno de la alimentación. Las clasificaciones pueden variar pero tienen siempre las mismas mañas. Proceder así es muy negativo. La Psicopatología hay que dejarla para después y con pinzas. Primero por lo siguiente, si yo ante el diagnóstico pienso: “¿Qué será este chico? ¿Será psicótico? ¿Será neurótico?”. Si pienso de esta manera estoy dando por sentado que está enfermo de algo. La psicopatologización del psicoanálisis tiende a eso, aún bajo diferentes denominaciones. Siempre se trata de dar por sentado que hay que ubicar al paciente en algún casillero. Porque nunca se dice: “Este chico está bien”. Eso es sorprendente que nos sorprenda. So alguien se declara que está bien es como sospechoso de mentir. No puede decir: “Estoy bien. Me siento bien”.

En esta perspectiva desaparece toda pregunta por los criterios de salud. La primera precaución que yo tengo que tomar respecto a la psicopatología es no dar por sentado que todo el mundo entra en algún casillero. Y las clasificaciones psicopatológicas tienden a esa universalización, psicoanalíticas o no, aspiran a meter a todo el mundo en esas bolsas o en esos estantes. Lo otro es que yo tengo otras prioridades y acá aparece mucho la cuestión del jugar porque una prioridad en una situación diagnóstica es evaluar cómo está la capacidad de jugar de ese chico. Evaluar el grado en que esa capacidad de jugar está bien nutrida, está intacta, atrofiada, conservada, inhibida, reprimida, destruida, dispersa. Hay muchos términos que pueden aparecer y cada uno de ellos tiene un sentido. Este es un aspecto fundamental a evaluar en las primeras entrevistas además de todo por razones de un buen diagnóstico y de pronóstico. Por ejemplo, yo puedo tener un paciente cuyo diagnóstico psicopatológico es más grave que otro. O sea, puedo tener un chico es más loco que otro, pero el loco tiene una gran capacidad creativa que ha podido conservar y poner a salvo. Y el chico que parece más normal o más neurótico, como gusta decirse homologando normalidad y neurosis, puede tener su capacidad de juego muy empobrecida y estar muy inhibido. Entonces el mejor pronóstico lo tendría el que psicopatológicamente estaría más grave porque tiene toda una salida creativa y productiva que el otro no tiene. De manera que es muy posible que el tratamiento del más loco sea muy productivo y tenga éxito y que el tratamiento del otro paciente tenga muchas dificultades para llevarse a cabo, que todo se estanque, que me aburra, que sea muy difícil producir algún cambio. De modo que los criterios psicopatológicos de gravedad son muy engañosos, pueden fracasar mucho si uno no apunta a preguntas más importantes. Una de las número uno es esta: evaluar el estado de su capacidad lúdica en un primer encuentro con el chico, con los padres. Además esto me va a orientar acerca de qué margen tengo para trabajar y hacia donde trabajar. Por ejemplo, un paciente que a los 5 años está como el que traía Marisa puede ser un hueso duro de roer, aunque el chico sea muy inteligente puede ser muy difícil ayudarlo a librarse, a desujetarse de sus propias clasificaciones y excesos de verbalización. Así que la cuestión del jugar es un aspecto muy fundamental como punto de partida. No es que eso es todo, pero sí que son primeras evaluaciones, primeras impresiones clínicas. ¿Cómo juega? ¿En qué medida su juego está libre de Compulsión de repetición? A partir de ahí pueden venir preguntas más finas: ¿A qué juega?

¿Qué juega en su juego? ¿Qué se juega en su juego sin que él se de cuenta?

Marisa: - A veces sin que uno se de cuenta

Ricardo: - A veces uno tarda en darse cuenta

Marisa: - Si, ¡qué difícil es hacer una transmisión de esto! Frente a este paciente que me puede llegar a decir: *“Yo no vi la película de Batman porque es prohibida para menores de 13 años y tiene escenas de violencia”*, yo estaba pensando en dos o tres sesiones que tengo vía Internet con una pacientita que vive en el extranjero. Ella viene varias veces al año a Buenos Aires y el resto del tratamiento lo hacemos vía Internet. En la primera sesión que tuvimos a mí no me funcionaba la cámara del Skipe. Su mamá pensaba que todo esto iba a ser un fracaso pero cuando la nena se quedó a solas conmigo a ella en realidad no le importaba no verme a mí. Durante toda la sesión lo que hizo fue mostrarme su habitación, lo que se veía por la ventana. Ahora estoy pensando en esto a raíz de lo que vos estás hablando. En la segunda ella quería que trabajáramos con el MSN, pero a ella no le funcionaba una cosa y a mí no me funcionaba otra. Entonces una escribía y la otra hablaba; una tenía micrófono y la otra no. Ayer también pasó algo parecido. En las tres situaciones se daba que con las mismas cosas que se armaba la sesión, se jugaba con eso mismo. No era un impedimento de trabajar, sino que con eso mismo se producía un acto de jugar en sesión. Es muy interesante para trabajarlo como espacio de transferencia; cómo las dificultades se transformaban en una nueva situación lúdica.

Ricardo: - Si, esto trae algo que nadie nos dice. Sabemos que tenemos que estudiar mucho, leer mucho, que en definitiva nunca vamos a poder leer todo lo que hay para leer, lo cual a veces produce angustia porque uno se vuelve conciente de todo lo que falta por hacer y por adquirir. Pero no vamos a poder hacer mucho si no tenemos capacidad de invención y de improvisación. Y si alguien no tiene la capacidad de desobedecer a Dios para jugar a los dados. Tomo un material de una analista joven que está con sus primeras experiencias con pacientes, bien novata. Pero ahí también uno diagnostica en las supervisiones la “pasta” de alguien, lo que no se puede aprender de una manera académica, memorizando teorías y todas esas cosas que son importantes también. Bueno, esta colega está atendiendo a una chiquita de 7 años en una

institución. Es una huerfanita que no sabe quién es su padre y que ha sido abandonada por su madre junto con una hermanita de 1 año y medio. La institución en la que está es una fundación que se ocupa de chicos abandonados. La chica está muy mal, con una franca depresión que es evidente. No interactúa con nadie, no tiene ganas de hacer nada, está mucho tiempo acostada y además, cuando la colega joven puede hablar con ella le dice que ella se quiere suicidar; cosa más inquietante aún. La colega se preocupa con razón porque la nena ya ha fichado qué cuchillo de la cocina le podría servir para cortarse la garganta. El asunto no parece una fantasía ni mucho menos. La colega consigue contacto con la chica y ella tiene un supervisor ahí en la institución, pero que le marca la importancia de que tenga un esquema, sesiones regulares, etc. de una manera un poco cuadrada. Pasan varias sesiones que no ocurre nada porque la nena no quiere hablar, no quiere jugar, no quiere dibujar, la colega está ahí, la acompaña, se siente impotente, se siente angustiada. En un momento dado esta terapeuta toma una decisión. Una decisión que da la pauta de un verdadero analista, por más novel que sea. Se olvida de lo que le dijo el supervisor, la agarra de la mano y se la lleva a pasear. Esto además estaba prohibido por la institución. Ella hace una serie de transgresiones. El resultado es muy bueno y la chica se reanima. La introducción del paseo, ¿qué es un paseo? Un paseo no como decir: *“Tengo que ir a comprar algo al supermercado”* o *“Tengo que ir a estudiar inglés”*. Un paseo es un juego en el espacio porque implica: *“No sé exacto qué veré, con qué me puedo encontrar”*. Hay una apertura a lo nuevo, a veces algo muy pequeño como el canto de un pájaro, el color de una flor pero que es bastante. Introducir el paseo, sin saber nada de esto ella, introduce una dimensión lúdica a la cual por primera vez la chica responde. Y luego la chica pide esto. Y ella consigue la posibilidad de trabajar así con la chica durante un tiempo, saliendo, pero además sacarla. Si alguien está deprimido y postrado en la cama, uno no puede ir en el lecho de muerte e interpretarle porque ahí no produce nada. Hay que sacarla motrizmente de ahí, más una nena con semejante depresión. Hay que olvidarse del culto a las palabras, el acto motriz de sacarla es toda una intervención en un sentido amplio que tiene una función ahí de decirle: *“Quiero que estés viva”*. Más en una chica a la que su madre no le ha interesado nada que esté viva o no, ni tampoco a su padre, ni abuelos ni familia alguna. Y tiene buenos cuidados técnicos en la institución, pero es la primera vez que alguien se compromete con ella.

Esa capacidad de invención o de improvisación, que no es hacer cualquier cosa a la que llamamos “chanta”, no reemplaza el estudio ni la formación sistemática. Pero sin eso el estudio y la formación sistemática no alcanzan; alcanzan para que alguien sepa de, pero no para que alguien pueda operar. Si no se convierte en juego todo lo que uno estudia, si uno no tiene la capacidad de convertirlo en juego, esto no sirve. Aquí es donde entra en otro plano la capacidad del analista de poder jugar, no con el chico, sino de jugar con su propio trabajo, con las teorías que tiene. Ser capaz de arrojar una teoría y decir: “¡Al diablo con esto!” y probar otra cosa. ¡Al diablo con el principio de autoridad!, con lo que dijo Freud, lo que dijo Lacan, lo que dijo el profesor tal. Eso es fundamental.

En ese paseo, volviendo al caso, por primera vez los dados juegan y caen de buen lado. Y además, se evita que esta chica se destruya, se suicide o se quede simplemente en una pasividad depresiva crónica que le impida hacer nada.

Estamos en horario. Si hay alguna pregunta, tomen nota y arrancamos con eso la próxima vez.